

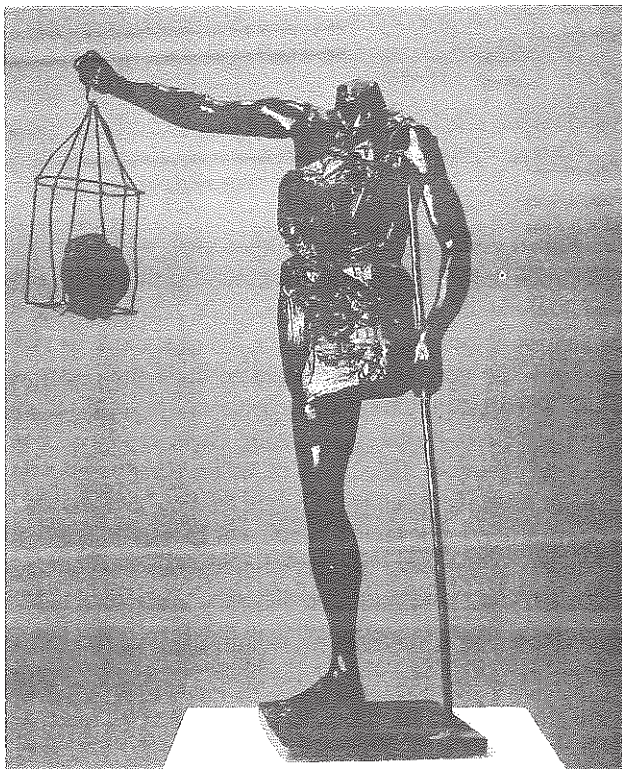
■ *El paraíso encontrado*. Sala Alameda, Málaga,
Noviembre-Diciembre 2001

Francisco Javier Herrera Sierra

Nueve artistas "foráneos" afincados en tierras malacitanas y llegados de diferentes puntos de la geografía mundial buscando el lugar donde materializar su llamada interior a la creatividad son los integrantes de esta muestra, celebrada en la Sala de Exposiciones Alameda, Málaga, del 9 de noviembre al 16 de diciembre de 2001. Un conjunto de esculturas cuya propuesta estética resulta tan variada como interesante. Líneas formalistas como las de Bayard Osborn, Günter, Stefan von Reiswitz o, hasta cierto punto, Guillermo Silva, comparten espacio con otras de corte abstracto, tal cual las de Oliver, Charlotte Gordon, Robert Harding y Paffar, o bien terminan situándose entre ambas direcciones en el caso de Madeleine Edberg. Nueve formas de hacer arte que se mueven en otros tantos universos y filosofías personales: desde el embellecimiento de la realidad al deseo de transformarla, pasando por visiones interiores, lejanas y, hasta cierto punto, "utópicas" de un mundo mejor.

Bayard Osborn plantea una serie de metáforas y *exempla* visuales. Sus obras de pequeño formato realizadas en metal y en un lenguaje formalista, grandemente marcado por cánones estrictamente académicos, representan denuncias, críticas y altruistas avisos de las fatales consecuencias que conlleva participar de las bajezas, hipocresías y mezquindades del género humano y algunas de las dinámicas surgidas a raíz de sus vanidades. La guerra, el mercantilismo atroz, la ignorancia, la altanería, el narcisismo, la presunción, la avaricia, la excentricidad como refugio ante la verdad y la realidad, la pérdida de la autoestima. Como consecuencia: la ansiedad extrema, el miedo aterrador, las fobias patológicas, la deshumanización, la pérdida de la virtud y la personalidad, la globalización descorazonada, la inmundicia, la venta de sí mismo. De esto hablan sus esculturas. Un elocuente ejemplo de ello es su obra *Guerrero* (bronce, 1982): representa a un personaje con la cabeza y una pierna cercenadas que trae consigo, en una especie de jaula, la testa de un hombre putrefacta, presumiblemente a modo de trofeo de guerra. ¿Hay algo más absurdo e inútil que perder, literalmente, la propia cabeza, más parte del cuerpo, para conseguir, como trofeo, la de un semejante? En orden a esto, es imposible advertir ver un patente eco expresionista en estas obras (no dejan de venir a la memoria las visiones de Rodin o algunas de las torturadas y reivindicativas manifestaciones plásticas de David Alfaro Siqueiros). No obstante, éstas no transmiten el alarmismo dramático de otras creaciones más puramente expresionistas. Aquí sí hay salida a la figurada tragedia. En realidad, el drama sólo se ve venir o se percibe desde la protección que supone un escudo, el del propio autor, formado por la sabiduría y la experiencia. Bayard Osborn ama y valora la vida en sí misma. Su arte es

1. Guerrero,
Bayard Osborn,
bronce, 1982



aleccionador desde la base, intelectualmente hablando. No en vano, en él se advierten rasgos estilísticos que guardan manifiestas semejanzas con la ingenuidad de representación de las "biblias de piedra" medievales, aunque las poses y composiciones de sus personajes son marcadamente barroquizantes.

Günter, trabajando también dentro del formalismo, muestra una creatividad mucho más individualista, más ligada a lo material si se quiere. El compromiso social brilla por su ausencia. En cambio, obsequia al espectador de sus compactas esculturas con imaginación y grandes dosis de artificio. Éstas, mitad seres, mitad máquinas, contienen una especie de extraña fusión entre lo mecánico y lo orgánico. Un mundo apasionante de artefactos, agudas invenciones caseras y amor a la velocidad. Sus obras son un sincero despliegue de pasión por el mundo del automovilismo clásico y de sus elegantes equipamientos y pertrechos de piloto. Son piezas con cierta clase y elegancia que destilan romanticismo, además de atesorar una gran calidad de factura. *Hero 00*, escultura realizada en bronce, representa al héroe romántico mecanizado, aquél que, preparado con imaginativos y artesanales inventos y acoples, está preparado para "todo", quizá sin salir de su taller o, más bien, de su laboratorio de operaciones. Es el "héroe cero cero", o sea, el héroe de nada y de

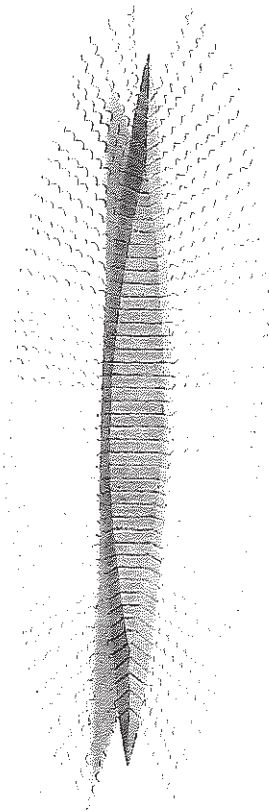
nadie, sólo de sus sueños. Ese amor y pasión, que tan abiertamente y con un aire de inconsciente expresionismo revela su autor, se manifiesta explícitamente en *Moto Jack* (escultura en bronce con añadidos de materiales diversos): una cabeza que reproduce a un personaje, como su nombre indica, apasionado por las motos y todo lo que las rodea. Es prácticamente una declaración personal. De hecho, puede considerarse un autorretrato en sentido tradicional.

Personal, bañado de influencias, experimentador, original. Así es Stefan von Reistwitz. Un magnífico creador cuyas obras ofrecidas en la presente muestra son un excelente despliegue de talento e inventiva por parte de su protagonista. Destaca la profundidad de contenido de su variada propuesta plástica, a la vez que un manifiesto carácter polifacético, tanto en lo referente al uso de múltiples técnicas, como a la extraordinaria polisemia del conjunto de su obra. La fusión entre lo mecánico, lo orgánico y lo cultural, bellamente ejemplificada en *Pájaro antediluviano*, escultura realizada en bronce, no es más que una extensión de su sobresaliente capacidad inventiva (a veces realmente sorprendente). Stefan hace buen arte. Su interesante pensamiento estético y talante claramente intelectual, unido a un notable dominio de la técnica y a una decidida vocación investigadora de nuevos lenguajes artísticos, hacen de su creación un lugar donde se dan cita belleza, originalidad, ciertos toques de una modernidad muy personal y hasta buen humor. Su producción está nítidamente influenciada por la arqueología grecorromana, hecho que le proporciona el equilibrio y solidez propios del Arte Clásico, además de hacerla partícipe del atractivo y fascinación característicos de la ciencia arqueológica. A ello debemos añadir una explícita "deuda" picassiana. La deformación de los seres y el uso de materiales encontrados, que se observa en la obra antes mencionada o en su simpática pieza *Extraterrestre sentado en una máquina sin identificar* (técnica mixta), tienen como referente directo las consabidas esculturas orgánico-mecánicas del genial artista malagueño. No menos sugerente es el bronce *Caballo de Troya*, auténtico homenaje a toda la cultura mediterránea y exquisito paradigma de todo lo dicho. Sin embargo, es su pequeña escultura *Sirena alada sobre columna*, somera representante de sus conocidas piezas de este mismo tema, la más original y personal obra dentro de las aquí expuestas. En ella, especialmente, la llamada antigua del Mediterráneo y la creatividad de su autor hacen que belleza y calidad artística se fundan en un afortunado resultado que difícilmente deja impasible al que la contempla.

Los mil y un personajes que Guillermo Silva plasma en sus imaginativas creaciones plásticas, quizás salidas de un cuento, de las culturas precolombinas de su tierra natal o de sus vivencias y experiencias religioso-espirituales en la India y en otros países, traen a la memoria las multicolores e intrincadas máquinas de Tinguely (especialmente la fuente Beaubourg, que realizara en colaboración con Niki de Saint Phalle). Si bien, el carácter crítico e irónico, que caracteriza a las obras del artista suizo, no adquiere protagonismo en Silva. En sus piezas se observa un optimismo y energía intencionadamente positiva, canalizados por medio de la rica y variada poli-

2. *Try me, Robert Harding,*
zinc y alambre de latón, 2001

cromía de vivos colores y la multitud de personajes animales de fábula que componen algunas de sus "pueriles" esculturas. La producción de Guillermo Silva está marcada por el anhelo de respuestas y de conocimiento. Fruto de esta inquietud son los citados periplos y estancias en diversos y lejanos países realizados por este autor. En este sentido, hemos de entender el barroquismo y la mixtura estilística, proveniente de numerosos y distantes momentos en el tiempo y el espacio de la Historia del Arte, de que hacen gala, a modo de ejemplo, sus dos fuentes antropomorfas: *Fuente de la vida* y *Don Giovanni* (las dos realizadas en bronce). Ambas reflejan una condición multicultural, donde la mezcla de visiones, signos religiosos y culturales, leyendas y tradiciones aparece como una constante y característica común y definitoria de su obra.



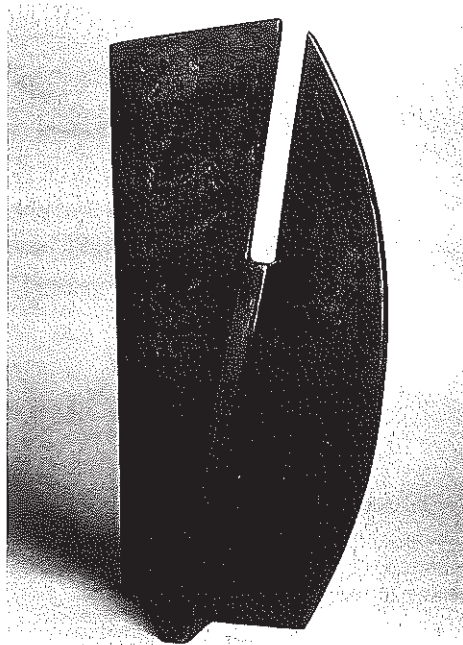
En esta misma tendencia positiva se sitúa el buen humor y la desdramatización que lleva a la práctica Madeleine Edberg. Sus *combines* están formados por materiales de desecho (periódicos, latas de conserva vacías, etc.), fotografías en blanco y negro coloreadas y pintura sobre estructuras metálicas (responsables de dar las formas deseadas a sus creaciones). Se trata de piezas independientes que representan fichas de dominó, dados y figuras de naipes, salpicadas con grandes y groseras manchas de color puro. En ellas hay incrustadas latas de conserva abiertas, que dejan ver fotos-íconos de acciones y gestos humanos estándar y de inequívoca interpretación. Así, un ojo abierto es la acción de mirar, una oreja la de oír, una sonrisa la de un sí o aceptación, etc. La propuesta de su autora es establecer una analogía entre el azar,

3. *Vínculo en el viento. Oliver*
Hierro, 2000

inherente a una jugada de naipes, dominó o dados, y una hipotética situación dentro de la vida misma. De esta manera, la fortuna se introduce en el desarrollo vital de la existencia. Como indica el título de su obra *A una vuelta de dado*, no se sabe lo que puede haber después de una "tirada", pero tampoco es cuestión de preocuparse, no es más que un juego. Estéticamente, son obras entroncadas con lo dadá.

La libertad de ejecución que manifiestan las mismas se sitúa dentro de los "cánones" de dicho movimiento artístico, aunque en el plano conceptual diverja un tanto de éste. La clara premeditación en su concepción y la elaboración finalista de las mismas se alejan del proceso de creación característico del Dadaísmo, marcado, como es sabido, por un nihilismo artístico reaccionario, menos preocupado en el acabado y elaboración de la pieza. Madeleine Edberg quizá tenga algo de neodadá, debido al espíritu "desacralizador" de las circunstancias y hechos que impregnan sus obras, pero no pretende echar abajo nada en especial, sino ironizar y restar transcendencia a la cuestión del destino.

Dentro de una línea igualmente positiva se ubican las creaciones plásticas de Charlotte Gordon. Su obra es encantadora. En ella no se encuentran reivindicaciones sociales o mensajes subliminales. Alejada de esto, sus esculturas muestran la calidez, el apego a la tierra en sí misma y el gusto del arte por el arte. A modo de grandes trozos de arcilla de gruesa textura, las piezas de esta artista americana alcanzan altas cotas de plasticidad en estado puro, rezumando originalidad, buen gusto e indiscutible buen hacer. Puestos a comentar, se podría decir que casi les sobran los títulos, ya que, francamente, no los necesitan, ni son realmente importantes para su entendimiento. Son bellas en sí mismas, su disfrute estético basta. El buen hacer y la calidad de ejecución son cualidades también de Perry Oliver. Su relamida técnica evidencia a un artista meticuloso en su trabajo, en cuyas creaciones se observa una proximidad a la estética minimalista, que, sin embargo, no existe en el plano



conceptual, donde los títulos de sus esculturas revelan una importante carga literaria, circunstancia que las aleja de la "asepsia" del Arte Minimalista, acercándolas a una abstracción conceptual muy personal. Esta línea abstracta se radicaliza en las obras, prácticamente constructivistas, de Paffard. Sus esculturas son la expresión por medio de la geometría. Es una visión de las cosas profunda y pura, filtrada a través de la lógica matemática de la geometría. El fin es la construcción de objetos monumentos por medio de módulos regulares, erigidos en alusión o en honor a ideas y conceptos tanto universales como personales. Su pieza *Bio-lógico* es un buen ejemplo. Se trata de una escultura, realizada en metal, compuesta por una sucesión de módulos rombales soldados unos tras otros. La primera impresión remite a una especie de extraña columna, debido a su longitudinalidad y a su disposición vertical, pero no lo es. Parece representar no tanto una abstracción de una cadena o secuencia de ADN, como una mera representación no figurativa del concepto básico de la biología, que es el estar vivo o muerto, o sea el sí o el no, a través de los zigzags de los rombos. Tanto Charlotte Gordon, Oliver como Paffard utilizan el lenguaje de la abstracción para realizar sus creaciones. A pesar de ello, sus planteamientos se presentan bastante lejanos unos de otros si los tuviéramos que colocar en una escala lineal, estando los dos extremos en Charlotte y Paffard, una cálida, otro frío, y Oliver en un punto intermedio. Obra, la de éste último, que hace gala de un contenido lírico notablemente superior al del resto de sus compañeros de exposición, hecho que, en asociación con su diseño, las dota de una considerable fuerza y magnetismo.

Finalmente Robert Harding, encuadrado arriba dentro del grupo de los abstractos, presenta una obra de gran calidad, teñida de aires surrealistas, que parece estar desinhibida de toda rémora mojigata que pudiera latir en el subconsciente. El buen humor y la alegría de vivir, que desprenden sus metálicas esculturas, contagia de manera inmediata al espectador. Sus piezas son núcleos de donde parten delgados tentáculos, cuya única intención es el contacto y el acercamiento entre lo que representa la pieza en sí y aquél que se encuentre con ella. El contacto físico, y todo lo que ello conlleva, es el deseo y nada más. *Try me*, obra realizada en zinc y alambre de latón, ilustra magníficamente lo dicho. Representa a una gran vulva de la que parten tentáculos de alambre en espiral, a modo de vello púbico, que invita a todo el que se acerque para que la pruebe, sencillamente para que disfrute con ella. Harding y su intencionado hedonismo, en absoluto superficial, plasma en sus esculturas su goce en las cosas más sencillas y naturales de la vida, fuera de toda preocupación extra que no permita sentirse realmente vivo.